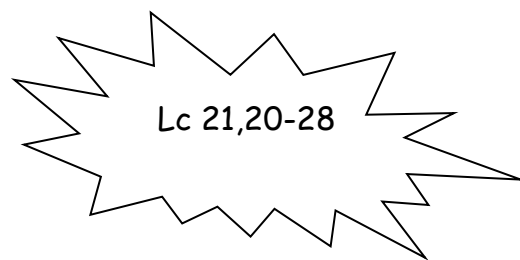


EL ADVIENTO: LA ESPERANZA QUE VENCE AL FRACASO



Hace unos días reflexionábamos este evangelio de Lucas, como preámbulo para el Adviento. Se trata de un texto apocalíptico, que manifiesta la ruina y devastación que a veces rodea al ser humano. De alguna forma, el Adviento es la respuesta de esperanza ante tales situaciones que nos pueden hacer pensar que nuestro mundo está sumido en el caos.

Los textos apocalípticos no se quedan en la destrucción y la ruina, sino que alumbran un **futuro de esperanza**: *Alzad la cabeza, se acerca vuestra liberación*, como también nos anuncia el Adviento. Es el comienzo de una nueva era: «*En aquel día terrible y glorioso, pasará la figura de este mundo y nacerán los cielos nuevos y la tierra nueva*». En nuestro ser limitado encontramos las **señales del final** y viviremos la esperanza de que el mal acabará. Las cosas que hoy parecen absolutas e inamovibles pasarán, fenecerán, y quedarán aquellas que encuentran en Cristo su consistencia.

Por eso, **la ruina no será decisiva**, porque decisivo sólo es Cristo. Si nos bloqueamos en la realidad de la ruina, perdemos el sentido de la vida. Hemos de descubrir que en el centro del fracaso humano, social, histórico..., existe una **presencia salvadora**. Y aunque todo parezca que muere, triunfa la vida y la verdad del Hijo del hombre. Es el auténtico sentido de nuestra existencia: el Señor vendrá. Cristo vendrá y lo restaurará todo. Él es el gran signo. Él es el Señor de la historia.

El Adviento responde a un **deseo de Dios** y a un deseo del ser humano. Desde los inicios de la Creación, Dios ya deseaba restaurar a la humanidad caída. La alusión en el Génesis a la mujer que pisará la cabeza de la serpiente hace referencia a María como madre del Salvador. Toda la historia de la salvación responde a ese profundo deseo de Dios. Y desde el AT lo va anunciando al pueblo por medio de los profetas. Anuncia su amor, su fidelidad, su promesa.

Responde también a un **deseo del ser humano**. La persona, entonces, está abierta a Dios, no cerrada en sí misma. En las palabras de Isaías: *Ojalá rasgases el cielo y bajases*, se está pidiendo una teofanía de Dios, basada en la experiencia del Sinaí, que fue una experiencia liberadora. Y la respuesta de Dios ante el deseo humano es el gran misterio de la **encarnación**. Desde el fondo de los siglos pedimos a gritos la encarnación de Dios. El hombre de todos los tiempos pide la encarnación de Dios, porque Él se mete en nuestra vida, en nuestra historia, sufre con nosotros, la llena de sentido. Rompe la distancia aparente, renueva el mundo. Este deseo manifiesta una **esperanza de liberación**; manifiesta el deseo de felicidad que anida en todo corazón humano, el deseo de que **triunfe el bien** por encima de todas las fuerzas opresoras que esclavizan a la humanidad. Es un deseo del hombre y un acercamiento de Dios, que libera de la nada y el vacío aparente.

En este sentido, la apocalíptica es la respuesta literal al *Ojalá rasgases*, pues Dios viene a la tierra y rompe el silencio de nuestra noche, **rompe el vacío** de nuestra nada. Es un Dios 'padre y redentor', que es como mejor podemos concebir a nuestro Dios. Cuando el deseo humano está **teñido de esperanza**, abre caminos de futuro. Cuando dejamos de desear lo trascendente, nos instalamos y deseamos lo superficial. El pueblo de Israel anhelaba, buscaba; los grandes luchadores anhelan, buscan. Y es que el conformismo es la muerte de la persona y las instituciones, la muerte de su proyecto vital. No perdamos los ideales si no queremos sucumbir en la noche de nuestra pequeñez.

Desde la **experiencia de ruina** y devastación, el ser humano suplica: **Ven a visitar tu viña**. Supera la desesperación y el vacío y se agarra confiadamente a las promesas. Desde un mismo **fondo de deseo** que en la lectura de Isaías, el hombre de la Biblia pide la singular intervención de Dios, no desde lejos, sino desde su misma realidad, la viña del pueblo de Israel. El *Ojalá rasgases* aparece con otras palabras: **Que brille tu rostro**, nueva teofanía de Dios que simboliza el triunfo del bien sobre el mal, de la luz sobre las tinieblas, el triunfo de Dios sobre el vacío y la nada. Al decir: 'restáuranos' y 'nos salve', estamos pidiendo que se manifieste entre nosotros; que no permanezca en el firmamento etéreo, sino que baje a nuestra realidad. Es la expresión de nuestra nostalgia.

En Adviento **saboreamos la gran promesa** de Dios al pueblo de Israel y a toda la humanidad: el Señor vendrá: 'Alzad la cabeza. Se acerca vuestra liberación.' La Encarnación de Jesucristo supuso el comienzo de una **peregrinación**, por parte de Dios, hacia el centro mismo del ser humano. En la encarnación se encuentra en germen el sentido de la historia: un Dios que se anonada, que realiza sus caminos junto al hombre, que ofrece a las personas de todos los tiempos el proyecto de humanidad plenificada. Nuestra peregrinación requiere elegir el camino de Jesús: bajar a los rincones más pobres del ser humano, compartir sus situaciones de limitación..., teniendo en el horizonte de la propia vida el ideal de Jesucristo, hombre pleno. Todo lo que hay de pobre, de limitado, de pequeño en nuestra naturaleza humana, un día alcanzará la glorificación definitiva.

El Adviento nos recuerda la **peregrinación de Dios**: desde su inmensidad hacia nuestra pobreza, y desde su encarnación hacia su glorificación. Asimismo, nos invita a ser peregrinos: subir desde nuestra nada hacia la trascendencia de Dios.

Cuestionario:

1. ¿Qué supone para mí vivir el Adviento? ¿Trato de vivir con sentido mi vida, no dejando que el fracaso y el absurdo se apoderen de mí?
2. ¿La esperanza que nos transmiten los textos bíblicos confirman mi deseo de que triunfe el bien y Dios se manifieste de forma plena o ni siquiera me lo planteo?
3. En cada Adviento, Dios peregrina hacia nosotros y nos trae la alegría. ¿De qué forma afecta esto a mi vida y cómo lo transmito a los demás para que también vivan el gozo de la venida del Señor?